

# ANUARIO

DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA



Malen Manzaneque, *Nuestra Señora de la Expectación-Balesquida*, 2024

# ANUARIO

DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

NÚMERO 9

AÑO XCIV

OVIEDO • 2024

La revista no asume ni se responsabiliza de las opiniones manifestadas por sus colaboradores. Sociedad Protectora de la Balesquida® y *Anuario de la Sociedad Protectora de la Balesquida*® son marcas registradas.

## COORDINACIÓN EDITORIAL

Javier González Santos

## EDITA:

SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQUIDA

Plaza de la Constitución. Oficina de Turismo, 3.ª planta

33009 Oviedo. Teléfonos 984 281 135 y 684 609 221

labalesquida@telecable.es | www.martesdecampo.com

Versión electrónica: <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=24244>>

## HORARIO DE OFICINA

Lunes a viernes, de 10,00 a 13,00 horas

## ILUSTRACIONES DE LA CUBIERTA Y PORTADA

Malen (María Magdalena) Manzanque Rodríguez (Oviedo, 1964), *Retablo de Nuestra Señora de la Expectación-Balesquida*, 2024; óleo sobre tablero de madera, 58 × 43 cm (cubierta y portada). Al dorso del tablero, bosquejo de la composición.

## COMPOSICIÓN Y MAQUETACIÓN

Krk Ediciones. C/ Álvarez Lorenzana, 27, 33007 Oviedo

[www.krkediciones.com](http://www.krkediciones.com)

## IMPRESIÓN

Grafinsa. Oviedo

ISSN 2445-2300 • D. L. AS-970-2016

# Índice

## *Salutación*

José Antonio Alonso Menéndez . . . . .	7
<i>Cartel de fiestas Martes de Campo 2024</i>	
Ernesto García del Castillo, <i>Neto</i> . . . . .	10
<i>Sociedad Protectora de la Balesquida</i>	
Junta Directiva . . . . .	11

## PREGÓN DE LAS FIESTAS DE 2023

### *Del siglo de donna Velasquita Giráldez al Martes de Campo de 1968*

Miguel Ángel de Blas Cortina . . . . .	15
--	----

## LA BALESQUIDA: HISTORIA Y TRADICIONES

### *La Balesquida: relatos de antaño. Unas páginas olvidadas del periodista e impresor*

#### *Eduardo Uría y Rea*

Javier González Santos . . . . .	35
----------------------------------	----

### *La Balesquida (evocaciones decimonónicas)*

Eduardo Uría y Rea . . . . .	39
------------------------------	----

### *Martes de Campo en Casa Noriega*

María del Carmen López Villaverde . . . . .	49
---	----

### *Doña Velasquita, nuestra paisana*

Ernesto García del Castillo, <i>Neto</i> . . . . .	55
--	----

## ESTUDIOS SOBRE ASTURIAS

### *Meteoritos, otro tipo de lluvia sobre Asturias*

Manuel Gutiérrez Claverol . . . . .	65
-------------------------------------	----

### *A los Lares Viales. Reconocimiento y procedencia de las lápidas romanas de*

#### *Argüero, tenidas por de La Lloraza (Villaviciosa)*

Emilio Marcos Vallauré . . . . .	87
----------------------------------	----

<i>Manuel García Vior, un nuevo colaborador asturiano del Diccionario geográfico-estadístico-histórico de Pascual Madoz</i> Enrique Pérez-Campoamor Miraved . . . . .	95
--	----

## ESTUDIOS OVETENSES

<i>Nuestras vecinas las sacaveras</i> María del Carmen López Villaverde . . . . .	117
<i>Oviedo en la tarjeta postal (colección del Muséu del Pueblu d'Asturies)</i> Saúl Martínez Mendaro . . . . .	123
<i>La copa de la Balesquida cumple cien años</i> Marcos García Álvarez . . . . .	157

## PROSA Y VERSO

<i>De mi archivo</i> Francisco José Manzanares Argüelles . . . . .	177
---	-----

## SEMBLANZAS

<i>José Carlos Fernández Corte: adiós a un humanista</i> Álvaro Ruiz de la Peña Solar . . . . .	189
<i>Peña Orni</i> José Carlos Fernández Corte (†) . . . . .	207

## NUESTRA GALERÍA

<i>Otras dos obras de encargo para la fiesta</i> Luis Feás Costilla . . . . .	219
Tabla de anunciantes . . . . .	222

## Peña Orniz

JOSÉ CARLOS FERNÁNDEZ CORTE

(San Julián de Bimenes, 1946-Salamanca, 2023)

*Cuando ya estaba entregada a esta revista la semblanza de José Carlos Fernández Corte (1946-2023) escrita por Álvaro Ruiz de la Peña, llegó hasta nosotros un texto inédito del homenajeado. Uno de sus mejores amigos asturianos, el montañero ovetense José Enrique Menéndez, lo guardaba desde hacía tiempo como recuerdo de una de sus últimas excursiones conjuntas a la montaña, a las que José Carlos fue siempre tan aficionado.*

*Dada la escasez de textos conocidos del autor sobre esta temática deportiva, nos ha parecido conveniente y oportuno incluirlo como excepcional colofón en este espacio dedicado a su memoria, muy bien acompañado por dos testimonios gráficos que ilustran aquel momento y otro anterior. Concluimos no sin antes agradecer el gesto generoso de nuestro amigo Pepín, colaborador del ANUARIO, al habernos cedido la primicia de su difusión.*

LA REDACCIÓN

Un honrado ejercicio de estilo acerca de esta roca la situaría sobre el Valle de Somiedo y ofrecería su orientación en grados, minutos y segundos, así como su altitud, vía GPS. Menos objetivamente, más vagamente, queda al sur del lago, pues linda con León, y está orientada de este a oeste, siendo su altura mayor un pico de 2195 metros (dato que debo a la reiteración con que los tres altímetros avisaban a los de la expedición de la altitud que superaban en cada momento). Lo que sí nota un montañero es que la cumbre era una de las varias (quizás cuatro) que formaban un farallón visible casi desde la mitad del Valle del Lago, una larga sierra de calizas blancas que hacían de segundo anfiteatro, bastante alejado de la arena o terreno de juego consti-

tuido por el lago. Los lagos glaciares suelen tener forma de cazuela, sartén o cualquier otro tipo de quedad que, en algún momento, ve cómo los bordes de su nivel ascienden y forman el cráter cuyo fondo son las aguas. El primer anfiteatro del lago es notable por sus empinadas cuestas, que, puedo asegurarlo, hacen perder el resuello. Esta primera ascensión, de unos 200 o 250 metros se emprende sin respiro y casi sin notarla. No se sabe si porque los compañeros eran avezados escaladores, lo cierto es que apenas se deslizaron comentarios sobre su dureza, cuando, en menos de veinte minutos, nos coloca tan por encima del lago que uno lo mira, perdóneseme la intolerable traslación de la naturaleza a la cultura, como al Hudson desde las Torres Gemelas.<sup>1</sup> Ya muy altos, yo muy fatigado, y abajo el lago. En casi nada de tiempo. Preocupación por las vestiduras, sudor por el exceso de protección que provocó la amenaza de lluvia; el cielo cada vez más despejado o las nubes menos amenazadoras, más altas, de suroeste a nordeste.

Los interesados en la altitud de las montañas, entre los que me cuento, sabíamos que habíamos de subir desde 1570 metros aproximadamente (el lago) hasta 2195, peña Orniz; una experiencia anterior, en estas mismas montañas, nos transmitía que, transpuesto el primer anfiteatro, comenzaba un confuso terreno de *jous* (en el lenguaje de los Picos de Europa) que componen la zona de las Morteras. Se trata de oquedades sin fin, de diámetro reducido y variable, pongamos de 10 a 50 metros, que componen una especie de paisaje lunar, o una ampliación del aspecto que presentan las playas, en la zona en que la arena está seca, cuando parece que un infinito rebaño de ganado ha dejado las huellas de miles de pezuñas, separadas entre sí por un delicado borde de arena. Poder de la analogía. Pero Las Morteras presentan este aspecto lunar-playero (¿por qué creemos saber cómo es un paisaje lunar?) cuando uno las contempla a sus pies, 300 metros más abajo, desde la cima de Peña Orniz. Entonces sí se ve su confusión laberíntica, su desolación de Tierra de Mordor y se confirma la precaución de Pepín de sortearlas, primero en dirección este, buscando una cabaña en la breve pradera, y de procurar vadearlas por su parte más próxima a la montaña.

Una generalización no estará aquí de más. Muchas ascensiones de montaña a las que estoy acostumbrado, ocurre que responden a un esquema

---

<sup>1</sup> Escribí esto el 26 de agosto de 2001. Quédesse tal cual.



*En la Mortera de El Coto. De izquierda a derecha, Pepín Menéndez, Daniel de Francisco, Tancy Fueyo, Juan Antonio García Madruga y José Carlos Fernández Corte (fotografía de Antonio de Francisco, 17 de agosto de 2001).*

tripartito, como quería Aristóteles que fueran los relatos. Primero subida fuerte, fatigosa, intensa, después un transitar más tranquilo, aproximación que llega a hacerse aburrida, a ese segundo anfiteatro o segunda línea de cumbres que es nuestra verdadera meta. Por último, el asalto definitivo. Las Morteras, en las que no ingresamos exactamente por donde Pepín quería, cumplen la función preparatoria y previa al último ascenso, fortalecen las piernas con continuas subidas y bajadas y, sobre todo, ayudan a recuperar el resuello. Permiten también admirar el tamaño y las verdaderas proporciones de nuestro objetivo. Un impresionante plano vertical de rocas blancas, que se extienden horizontalmente dos o tres kilómetros y cuya verticalidad, sobre todo, asusta y estimula. La progresiva aproximación permite medir su verdadero tamaño y establecer diferencias de altitud y de volumen en la antaño indistinta línea de cumbres. Lo más alto siempre es lo más vertical. Y

allí aparecen los pedreros, que siempre se deben, a ser posible, evitar. Aparte de la curiosa y hasta caprichosa sucesión de oquedades semiesféricas que forman Las Morteras, antes de la línea de cumbres hacia la que progresamos suele haber un hondón que, de alguna manera, transcurre paralelo a la totalidad de la sierra formando una fosa continua, un semicilindro tumbado, que hay que atravesar previamente al abordaje de la peña. *A la Santina invoco y me paro un poco.*

Si no hubiera tanta experiencia en el grupo y tantas ascensiones previas, gracias a Pepín y a Tanzi, sin olvidar a De Francisco, aún así lo lento de la aproximación nos hubiera hecho buscar una fisura, mella o ranura a través de la cual la continua e impresionante compacidad de la roca ofreciera alguna posibilidad. Raras veces en montaña la vía vertical y directa es la más aconsejable. Así que, de varios picos en sucesión sin fallas, buscar el menos alto; después, una vía no vertical, sino zigzagueante. Por último, en algún momento, una vez que le hemos atacado de flanco, continuar tanteando al monstruo por la espalda. Antes de alcanzar el envés, subida en roca pura, como por escaleras de caliza. Conocida y fatigosa, pero entretenida. Uno fija mucho la vista para poner el pie y no se aburre por la caprichosa disposición de cada roca, y por el variado número de plantas, a las que Pepín, nuevo Adán para nosotros, va poniendo el nombre. En la lengua de Dios (y de Linneo), en latín.

A la espalda del monte, en su cara sur, aparecen de repente los picos de León. A nuestra derecha, ligeramente al oeste, Torre de Babia; algo al este, se reconoce inmediatamente la mole familiar de Peña Ubiña, y en el intermedio se localizan con relativa facilidad los lagos de Saliencia, La Farrapona y se adivina la bajada a Torrestío. Como se verá, recuerdo lo que he reconocido, no lo que he visto. Pepín les pone el nombre a más de una treintena de montes. Allá a lo lejos al este, cerrando el paisaje, varios picos de León, en torno a Peña Ubiña una cadena que conoce perfectamente, Los Fontanes, el Siete, algo del diablo o del infierno. Incluso llegamos a adivinar, por el sitio de Ventana, nuestra equivocación de la semana pasada en torno a Trobaniello y el *picu* Rueda. En ese momento, la altitud que marcan los aparatos no llega a los 2000 metros. Vemos muy bien desde atrás la línea de cumbres y, como estamos al pie de una de ellas, apreciamos perfectamente las diferencias de altitud. La hierba, como suele en montaña, es espesa,



verde oscura, de una cierta aspereza y rudeza. Así que prado arriba, con las cumbres a la izquierda, ascensión pura y dura, sin hitos, sin respiro. Todos los prados del monte son para mí el Prado de la Leche, mi primer prado de montañero. Repárese en lo de montañero, porque los múltiples prados que había subido en mi vida, el Prau Suqueru, el Prau'l Cura, etcétera, \* eran subidas naturales, que uno hacía jugando o yendo a algún recado, pero no por deporte. Más reciente, el prado horrible de Peña Ubiña. Así que, contra lo que muchos podrían pensar, mejor ascender por roca, más cuidadoso, divertido, vertical, más subida y parada en cada paso, más músculo y menos ritmo. El prado, con sus amplios zigzags, no te deja pararte, no le ves fin, siempre se presenta igual, aunque un poco más arriba. Además, una vez que tienes la línea de las cumbres, si te dejas llevar por los rodeos, te alejas de ellas para luego tener que volver. Mejor cogerlas en directo, después de un entrenamiento de terreno suave y sedoso. A ellas me dirigí, bajo la guía de Pepín y con Tanzi cerca, mientras que los demás, más avanzados, exploraban la otra vía. Estábamos quizás a 150 metros de la cumbre y ascendíamos protegidos por la roca, que tocábamos con la izquierda y apoyados en el bastón, que llevábamos en la derecha. Pepín se fijaba ahora más en los minerales que en las plantas y empezaron a aparecer fósiles (ante su vista, naturalmente). También había tiempo para los planos medios. A unos veinte metros, a la izquierda, donde la continuidad de las cumbres se interrumpía y daba lugar a una graciosa cuesta que, de haberla coronado, nos hubiera asomado a la vista que nos aguardaba cien metros más arriba (Parece ley estética y de psicología general este aplazar la satisfacción parcial en busca de la definitiva, esta reserva de la mirada panorámica para el momento de la culminación de la subida), pues bien, allí, desprendida y como guardiana de la fortaleza, una figura pétrea de mujer, con largo vestido, cintura marcada, breve torso y cabeza cubierta de pañuelo, bruja o maragata, ataviada a la antigua, se ofrece, caprichosa, a la vista. El altímetro marcaba 2100. Estábamos a cien metros, con cansancio, pero sin apenas fatiga: estábamos arriba.

No se hicieron largos. Los del prado hace tiempo que habían consolidado sus posiciones en la roca y aparecían por encima de nosotros, supongo

---

\* En San Julián de Bimenes, lugar de nacimiento del autor, subiendo hacia Canteli (nota de la redacción).



*En la cumbre de Peña Ubiña, con Los Fontanes al fondo. De izquierda a derecha: Juan Antonio García Madruga, Tancy Fueyo y Carlos Fernández Corte (fotografía de Pepín Menéndez, 15 de agosto de 1996).*

que muy cerca del fin, aunque desaparecieron pronto de la vista. Nosotros, constantemente, sin pausa, hablando con Tanzi que ya estaba a nuestra altura. Hubo un momento de detención, parecía que estábamos cerca, y así lo aseguró Pepín. Yo no lo pensaba, sino que seguía. Para mi sorpresa, empiezo a ver un pequeño rellano un poco por encima, penetro en él sin precaución y me encuentro a un tiempo con el Madru, Daniel y De Francisco sentados ya en el suelo y con una confusa anticipación de un gran vacío lleno de paisaje. Tropiezo en una piedra, gano la verticalidad y me doy cuenta de que estoy arriba.

No conviene demorarse en la cumbre, pero hay un ritual. Hay ciertas reparaciones físicas: beber, recuperar el aliento, comer, descansar, mirar, mirar mucho, en todas direcciones, se había quedado un día magnífico, no las gotas como perdigones que auguraba nuestro transportista matinal. Des-

pués, la cumbre propiamente dicha, nada, un rellano, unas rocas donde no caben a la vez dos o tres cuerpos. La cumbre no se posee, se anhela, es un objetivo, una empresa y, como máximo, una posición para mirar. Por eso, porque o es una ausencia o una posición desde la que considerar el mundo, necesita que la revistan de un cierto sentido. La reliquia de Pepín y sus amigos que él, humorísticamente, recoge para bajarla, el colectivo depósito o buzón de cartas que registra las hazaña y planta el esfuerzo en el papel, no en la roca, son un mero registro. Pero todos saben que la recompensa no está ahí. Se hallaba antes, en toda la preparación y movilización de ilusiones, temores y esfuerzos, se encontrará en la bajada, si transcurre sin contratiempos, se depositará, en el lugar que corresponde de la mente, en la abstracción del objetivo cumplido unida al esfuerzo gratuito. Con todo, muchos de nosotros

*Amamos más el viaje que la cumbre,  
la demora, el rodeo, lo inconcluso,  
la vaga dilación y lo difuso,  
la sorpresa abolida en la costumbre.*

*Nos gusta el viaje por la certidumbre  
de que hallaremos chispas en lo obtuso:  
las piedras son preciosas por su uso,  
no porque sus fulgores nos deslumbren.*

*No hay viaje, en fin, sin buena compañía,  
ni cordilleras que compensen tanto  
porque con su altitud rompan el mapa.*

*Que el viaje acabe sin perder la vía,  
que no se cifre en rollos, sea su encanto  
alegre como un libro que te atrapa.*

Salamanca, 2001.



EL NOVENO NÚMERO DEL  
ANUARIO DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LA BALESQLIDA  
SE ACABÓ DE COMPONER EN LA EDITORIAL KRK,  
EL VIERNES, 22 DE MARZO, CUANDO CONMEMORAMOS  
EL PRIMER CENTENARIO DEL FALLECIMIENTO DEL  
ILUSTRE ASTURIANO  
DON FERMÍN CANELLA Y SECADES  
(1849-1924),  
DE IMPERECEDERO RECUERDO.

*Pro patria, pro moribus*  
OVETO, A. D. MMXXIV

*...mon père devait sa passion des archives au chagrin d'être né  
sur une planète en voie d'extinction.*

[... mi padre debía su pasión por los archivos a  
la pena de haber nacido en un planeta en vías de extinción].

Caroline Lamarche, *L'Asturienne / La Asturiana*, 2021  
(de la traducción española: Krk Ediciones, Oviedo, 2023)